

## Palabras del Dr. D. José Antonio Ibáñez-Martín

Cuando hace tres meses un grupo de amigos decidimos promover un acto de presentación de la obra póstuma de Antonio Millán-Puelles sobre la inmortalidad del alma humana, alguno sugirió la posibilidad de realizarlo en esta Real Academia, de la que Millán fue miembro por más de cuarenta años, sugerencia que a todos nos pareció muy oportuna.

Hoy tenemos la alegría de ver cumplidos nuestros deseos, gracias a la buena acogida que aquí encontró nuestra propuesta, sin duda facilitada por la positiva presentación que de ella hizo el Presidente, que desde el primer momento nos ofreció su apoyo incondicional. Ruego, así, Sr. Presidente, haga presente a todos los Académicos nuestro agradecimiento más sincero.

Mis palabras serán breves pues somos varios los que vamos a intervenir y todo acto tiene una necesaria limitación temporal.

Pretendo en esta intervención abordar dos temas.

El primero es participar con ustedes algunos recuerdos de mi maestro, Antonio Millán-Puelles. Comencemos recordando cómo Don Quijote, tras el penoso incidente con el Caballero de la Blanca Luna, le dice a Sancho: “No hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos, y de aquí viene lo que suele decirse: que cada uno es artífice de su ventura”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Cervantes, M. de, *El Quijote de la Mancha*, Rialp, segunda parte, cap. LXVI.

Antonio también fue artífice de su ventura. Dios le había dotado de una poderosa inteligencia con una finísima capacidad de análisis. Pero él era consciente de que *le génie c'est une longue patience* y así trabajó sin descanso desde muy joven, por lo que enseguida alcanzó altos reconocimientos sociales, como ser nombrado Académico de esta casa antes de tener cuarenta años.

Ese temprano reconocimiento fue la causa de una anécdota que me ocurrió. Hacía poco que yo había comenzado mi trabajo en la Universidad cuando Antonio cumplió 50 años. Como él era el Catedrático de la asignatura que yo explicaba me pareció lógico contarle en la clase. Se produjo un embarazoso silencio y una estudiante preguntó ¿pero el profesor Millán-Puelles no se ha jubilado ya? Reconozco que no le hizo ninguna gracia cuando se lo dije.

La verdadera jubilación terminó llegando, pero antes de lo que siempre había sido tradicional. Un ministro de educación, de discutida memoria, parece que consideró que los catedráticos mayores eran enemigos de su partido, y decidió rebajar a 65 años la edad de su jubilación, que hubo de retornar a los 70 cuando sus amigos se hicieron mayores. Tal medida se aplicaba a Millán-Puelles, que pasó así a ser jubilado cinco años antes de lo que preveía. Eso hizo que promoviéramos, en 1987, un primer homenaje, en Madrid, a Antonio, a los que siguieron otros, por diversas circunstancias, en 1990, en 2001, y en 2004, aparte de los que recibió en Pamplona o en Liechtenstein o en Chile.

Es evidente que la historia proporciona no pocas sorpresas, y esto es lo que ocurrió en este caso. En efecto, la jubilación anticipada podía haber sido un final triste de su vida académica. Sin embargo, fue la ocasión para que Antonio iniciara una nueva y fecunda etapa en su vida.

En efecto, la Universidad, para defender a sus profesores más valiosos, inventó la figura del Emérito, que podía mantener el sueldo del que se le había desposeído, con una menor carga docente. Pero yo le hice una propuesta. ¿Qué ventaja tiene seguir dando clases cuando tienes tantas cosas que escribir? A lo mejor encuentras un alumno brillante, pero ese leerá tus libros. Deja, por tanto, el ofrecimiento de la Universidad, le dije, y dedícate por completo a escribir. Antonio Millán-Puelles estaba de acuerdo en ello y me habló de su proyecto, tantos años acariciado, de escribir una obra importante sobre el objeto puro, si bien me hizo notar que su situación económica no le permitía renunciar al sueldo de los profesores eméritos. En ese momento pensé en Zubiri y su patrocinio por el Banco Urquijo y así inicié unas conversaciones con Luis Valls-Taberner, a quien entonces trataba con frecuencia, a ver si se le ocurría alguna solución.

Luis no pudo estar más comprensivo y sugirió una fórmula: Antonio recibiría la cantidad que dejaba de cobrar si no era emérito, a través de una Fundación,

que percibiría los derechos de autor de los libros que publicara a partir de entonces. Nunca le agradeceremos bastante ese gesto que Luis tuvo con Antonio y con la filosofía, gesto que cuento hoy porque los dos han fallecido.

Es indudable que ese trato funcionó muy bien, pues a partir de ese momento escribió media docena de libros importantes, y hoy se hace pública la primera parte de su última aventura intelectual, que no llegó a concluir. Por otra parte, he de reconocer que en estas aventuras he tenido alguna participación. En efecto, en 1978 le había oído una conferencia sobre la ontología del deber, llena de ideas interesantes, y así le comenté que, después del objeto puro, pensaba que podría abordar asuntos más cercanos a un público más numeroso. Escuchó con atención mi propuesta, y, así, cuando publicó *La libre afirmación de nuestro ser*, me lo dedicó, señalando el papel que yo había tenido en su gestación.

Junto con estos recuerdos, el segundo tema que pienso estoy obligado a tratar es ofrecer un testimonio, tras treinta y siete años de una estrecha relación, acerca de su carácter, de su persona, de su talante moral y de su estilo intelectual.

Comenzando por el carácter, me atrevería a decir que se identificaba por tres elementos. El primero era su sentido del humor. Antonio cultivaba el arte de la fina ironía, e, incluso cuando le salía, como buen andaluz, la veta anarquista, pronto sabía reírse de ella. El segundo era su admirable conocimiento y uso de la lengua española. Desde muy joven se había habituado —en no pocas ocasiones junto con Leopoldo Eulogio Palacios— a esforzarse por conocer el exacto significado de las palabras, lo que se tradujo, con el paso del tiempo, en que alcanzó una rara síntesis entre la profundidad de los conceptos —siempre huyó de la banalización de la filosofía—, el purismo idiomático y la claridad en la exposición. Claridad que tenía como nota distintiva que sus escritos no sólo eran ajenos a todo oscurantismo, sino que exponía exactamente lo que deseaba decir, sabiendo evitar cualquier interpretación equivocada de su pensamiento, aunque para ello pareciera que estaba cortando un pelo en el aire. El tercero era su fuste aristocrático en la manera de comportarse, de vivir, de relacionarse con los demás. Tiene razón Cervantes cuando nos recuerda, a través de Dorotea, que *la verdadera nobleza consiste en la virtud*, nobleza que caracterizó a Millán, quien siempre se comportó como un caballero cabal. Pero, en ocasiones, incluso hombres virtuosos, tienen una cierta dosis de vulgaridad e incluso de ordinariedad en su forma de actuar. Nunca incurrió Millán en este tipo de comportamiento.

En lo referente a su talante moral, hay que comenzar señalando que estaba, sin duda, presidido por la rectitud, a la que sumaba una profunda religiosidad, ajena a toda alharaca. En mis conversaciones de los últimos meses con él, se me vinieron a la cabeza, por lo que me decía, los versos de la Copla XXXVIII, cuando Jorge Manrique dice: “que mi voluntad está/conforme con la divina/para todo;/e

consiento en mi morir/con voluntad placentera,/clara e pura,/que querer hombre vivir/cuando Dios quiere que muera,/es locura". Junto a ello, yo señalaría dos características importantes. La primera era su modestia. Antonio no cayó en el error en el que han incurrido inteligencias señeras, que nunca han querido reconocer que debían algo a alguien y que jamás son capaces de descubrir méritos en los demás. A él le gustaba recordar la influencia que había recibido de su padre, médico, cuya preocupación científica le había llevado a realizar diversas publicaciones sobre biología humana, algunas publicadas en idiomas no españoles. Más aun, Antonio era tan generoso que no sólo reconocía la valía de sus mayores o de sus coetáneos, sino, incluso, la de filósofos más jóvenes que él, que no dudaban en calificarse como discípulos suyos. Tampoco Antonio se afanó en la búsqueda de los oropeles de la continua presencia en los escenarios vistosos de la vida social. Recibió numerosas distinciones, como he dicho, pero ni las buscó ni, mucho menos, se afanó por estar en el centro de la atención del público, ni por buscar actividades en las que fuera aplaudido por la *gente guapa*. La segunda característica es su amor a la verdad. Hoy están de moda las personas que Millán calificaba de "activistas intelectuales"<sup>2</sup> que proclaman la necesidad de estar siempre en una continua búsqueda de la verdad. De algún modo, podríamos decir que Millán fue el prototipo de esa actitud, pues, como ya hemos señalado, la mayoría de sus obras principales las escribió cuando ya estaba jubilado, e incluso pocos días antes de su muerte no tenía reparo alguno en mostrar su decisión por buscar la verdad, entrando en una conversación intelectual: recuerdo que le conté que acababa de dar una conferencia sobre la tolerancia e inmediatamente pretendió comenzar un análisis de su concepto y límites, hasta que le dije que había acudido a estar con él y no a tener un Seminario. Pero, a la vez, Millán pensaba que si buscamos la verdad es porque tenemos capacidad de conocerla, y por ello debíamos amar, reposar y comprometernos en las verdades halladas: quien desprecia esa actitud es muy probable que su interés por la verdad sea una *pose*, pues, en el fondo, probablemente no cree que quepa alcanzar verdad alguna.

Abordemos, por último, su estilo intelectual, en el que, igualmente, dese- aría subrayar tres dimensiones. La primera se refiere a su formación. Advertían los autores antiguos que había que temer a los hombres de un solo libro. Ese no era el caso de Millán-Puelles. Sus años de estudio habían sido muchos y en ellos — gracias, también a su manejo de todos los idiomas cultos, antiguos y contemporáneos, así como su apertura a la totalidad de los problemas humanos— se familiarizó con las mejores fuentes del pensamiento filosófico, acudiendo de la fenomenología a Aristóteles o de Marx a Tomás de Aquino. Es frecuente, especialmente en Estados Unidos, que los autores se sientan como obligados a citar siempre obras recientes y a analizar los asuntos que se ponen de moda. Hay que reco-

---

<sup>2</sup> Millán-Puelles, A., *El interés por la verdad*, Rialp, Madrid 1997, p. 134.

nocer que Antonio nunca siguió esta política, lo que le granjeó algún enemigo. Lo que estudiaba eran los problemas filosóficos más importantes —aunque no estuvieran de moda<sup>3</sup>— y las personas con las que dialogaba en sus escritos, siguiendo el consejo de Quevedo en su famoso soneto *Desde la torre*, eran las que realmente habían realizado alguna aportación importante en ese ámbito. La segunda dimensión era su rotunda afirmación de la dignidad del ser humano. Sin duda que esa afirmación se traducía en defender que “la verdadera superioridad no ha consistido nunca en despreciar a nadie”<sup>4</sup>. Pero el asunto tiene mayor hondura. En efecto, el concepto de dignidad es fácil que entre en crisis tanto por su hipervaloración como por su devaluación. Se hipervalora cuando se defiende una ilimitada libertad o una irrestricta autonomía, que dejan a un lado cualquier reflexión sobre la mejor forma de ser hombre, usando la terminología de Ortega, y que convierten a cualquier actividad educativa en una especie de violencia simbólica, descrita como imposición de los criterios e intereses de los grupos dominantes. Se devalúa, a su vez, la dignidad cuando, de hecho, no se reconoce al ser humano como alguien capaz de ser principio de sus propias acciones, de unas acciones a las que se sabe urgido por la fuerza del razonamiento que descubre lo que le plenifica, aunque, igualmente sea consciente de que su voluntad no siempre es fuerte y, en ocasiones, es mala, por lo que se sabe también capaz de hacer lo que no debe. En este sentido son muy expresivas unas antiguas palabras suyas, en las que, subrayando la connotación de libertad que la formación humana lleva inscrita en su propio carácter específico, advierte que ello “no significa, empero, la exclusión de toda norma ética ni la negación de todo auxilio por parte de nuestro prójimo. No puede discutirse que la formación es, en definitiva, asunto de cada cual (...) Pero una tal autoformación es, en primer lugar, materia ampliamente regulable por los preceptos morales (...), susceptibles de libre aceptación. Y, en segundo lugar, esa autoformación tampoco es incompatible con el auxilio de otras personas, en la medida en que éste sea libremente aceptado”<sup>5</sup>.

La tercera dimensión más significativa de su estilo intelectual es algo compleja, pero pienso que se puede sintetizar diciendo que su modo de enfocar el quehacer filosófico se caracterizaba por desear entrar en los problemas verdaderamente humanos, con la preocupación de encontrar soluciones sólidamente apoyadas en el razonamiento. Esto significa varias cosas. La primera es que Millán escribió miles de páginas evitando siempre reducirse a análisis meramente eruditos —el tipo de criado en Lope de Vega, tema que cita Pedro Salinas como ejemplo de un falso estudio humanístico— o simplemente formales. La segunda, es que su estupendo uso del lenguaje nunca lo empleó para distraer al lector con

---

<sup>3</sup> Millán consideraba que una de las notas del estilo universitario era “no dejarse arrastrar por los -imperativos de la moda” (*Universidad y sociedad*, Rialp, Madrid 1996, p. 37)

<sup>4</sup> Millán-Puelles, A., “Individuo. Sociedad. Estado”, en *Sobre el hombre y la sociedad*, Rialp, Madrid 1976, p. 216.

<sup>5</sup> Voz “Formación”, *Diccionario de Pedagogía Labor*, Barcelona, t. I, p. 431.

una prosa brillante, pero, en el fondo, vacía: el lector inteligente sabrá poner nombres a autores que han seguido esta política. La tercera, y básica, es que Millán deseaba proponer la verdad con claridad, pero con una claridad fundamentada, cuyo esplendor se encontrara especialmente en su capacidad para mostrar el nexo entre la conclusión y los principios en los que se basaba. No faltan hoy autores, especialmente los relacionados con la cultura italiana, que desean presentar una renovada visión de lo laico como el empeño en distinguir entre lo que es objeto de demostración racional y lo que es objeto de fe. Desde este punto de vista no dudo en afirmar que Millán era un arquetipo de laico. Lo malo es que tales autores suelen tener un concepto reduccionista de lo racional, como si estuviera limitado a lo que la ciencia experimental puede demostrar, de forma que terminan incluyendo en lo que es objeto de fe no sólo a lo sobrenatural sino también a todo lo que no encaja en los modestos moldes de la metodología experimental, moldes en los que no entra, por ejemplo, bien o valor alguno, que concluyen así inscribiéndose en el ámbito del gusto y del sentimiento, del que no cabe hacer un análisis intelectual. Contra ellos, ya hace tiempo Hamlet decía “Hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que sueña tu filosofía, Horacio”, y son palabras que hoy podríamos aplicar a no pocos calificados como intelectuales. La filosofía que cultivó Millán-Puelles ansió, al igual que la socrática, dar pistas a los seres humanos para facilitarles la más profunda interpretación de la realidad, buscando que llegara al mayor número de personas gracias al esplendor racional de las argumentaciones propuestas. En este sentido, es especialmente interesante para los educadores un párrafo de su libro sobre la formación de la personalidad, en el que leemos:

“La marcha de la razón hacia el saber es el tránsito lógico del fundamento a lo fundamentado, de las premisas a la conclusión. La génesis del saber o, en términos subjetivos, la de las virtudes intelectuales que se adquieren, no es un simple paso de lo conocido a lo desconocido, un puro añadir verdades a otras que se tenían. La adquisición y el incremento del saber requieren que las verdades ignoradas pasen a ser no sólo conocidas, sino también *sabidas*, es decir, basadas, fundamentadas, en las que ya se poseen. De lo contrario, no se produce ciencia, pues la ciencia requiere la demostración. la prueba lógica que hace ostensible el nexo entre la conclusión y sus principios”<sup>6</sup>.

Concluamos citando de nuevo a Cervantes. En efecto, creo, como don Quijote, “que de los desagradecidos está lleno el infierno”<sup>7</sup>, y por ello estoy aquí intentando pagar las buenas obras que conmigo ha tenido Antonio Millán-Puelles.

---

<sup>6</sup> Millán-Puelles, A., *La formación de la personalidad humana*, Rialp, Madrid 1963, p. 137

<sup>7</sup> Cervantes, M. de, *El Quijote*, Segunda parte, cap. LVIII.

Él ha sido un ejemplo para muchos universitarios a lo largo de su vida, y al saltar a la otra orilla nos cabe recordar, de nuevo, a Jorge Manrique cuando dice:

“Partimos cuando nacemos,  
Andamos mientras vivimos,  
Y llegamos  
Al tiempo que fenecemos;  
Así que cuando morimos  
Descansamos”

